
Una sensación cómicamente mortal

Daniela Andrea Cuello Kafury

Todo empezó en la Pontificia Universidad Javeriana Cali. Leyla y yo esperábamos a Gina en Palmas para ir a comer cereal en Willy Wonka en la ICESI, y de paso para recoger a Cami -otra amiga- en el JETTA de Leyla. Mientras que Gina salía de su clase, Leyla se antojó de chontaduro, así que cuando Gina por fin se dignó a salir, nos montamos al carro -por cierto estaba lejísimos- y fuimos a saciar el antojo de Leyla en la entrada de la universidad donde venden chontaduro, mango viche y grosellas.

Para hacer la compra, Leyla debía aparcarse del lado izquierdo, pero había un pequeño inconveniente: La ICESI quedaba hacia el lado derecho, por lo que cruzar a la derecha era casi imposible pero debido a la forma en que maneja y a que solo sabe conducir automóviles automáticos, logró atravesar rápidamente la hilera de carros que salían de la Javeriana. En esa odisea supe que no era prudente dejar que ella manejara. Ese día, si no moría, era por pura suerte.

Desde la salida de la universidad hasta el semáforo de Carulla, por lo menos 10 carros nos pitaron. Pero ella ni se inmutó, todo lo contrario, lo que hizo fue conectar el Ipod Touch al carro y poner reggaetón a todo volumen. ¡Oh, gran error!...Dejar que Leyla conectara el Ipod...Cada vez que escucha música que le gusta, se cree en un karaoke y cierra los ojos para cantar. ¡No veía hacia dónde estaba manejando...!

Yo creo que jamás hice tantas muecas de pánico. El corazón me latía a mil. Estaba mareada y con los nervios de punta. Sentía que los demás conductores querían matar a Leyla, por lo menos lo hacían con la mirada, esa mirada penetrante, de esas que te entran por la nuca cuando no te están viendo. Después de 30 segundos largos en un semáforo, llegamos a la ICESI. Cami ya nos estaba esperando en la entrada trasera de la ICESI con dos vasos de cereal con yogurt y fruta. Se montó al carro y le dio uno a Leyla. ¡Otro error...! Ese día cometimos muchos errores. Suspiré arrepintiéndome de no haber tomado el MIO.

Nos fuimos por la Simón Bolívar, esa calle que es tan congestionada. No sé como ella fue capaz de adelantársele a todos los carros, comiendo cereal y cantando con los ojos cerrados. Lo que de verdad no entiendo es cómo no nos matamos. Creo que jamás desde que tengo uso de razón había sentido tanto terror; mis gestos eran obvios, eran incluso de dolor: Me dolía el pecho de lo rápido que latía mi corazón.

Yo tenía clase en la academia de baile e iba tarde. No debí decirle eso a Leyla. Íbamos literalmente a 120 kilómetros por hora en una hora pico. Me veía en la tumba. Creo que nos salvamos unas 10 veces de tener un accidente automovilístico. Para tranquilizarme, decidí que me iba a desconectar del exterior. Fue la mejor decisión. Llegué supremamente relajada a la academia después de 30 minutos de pánico absoluto y de sufrir esta sensación cómicamente mortal.